

WWW.LATINTAMAGAZINE.INK



志命平

PERDÓNAME
MADRE

ESTUARIOS

06 ENTREVISTA
DON KUNTO

28 TESTIMONIO
SIN MEDIAS TINTAS

38 LITERATURA
EL DOLOR ES COSA DEL PASADO

44 ESPECIAL
TATUAJES HANDPOKE

64 COLUMNA
ARTISTA MILLENIAL


74 GALERÍA
YURI OBREGÓN




VOLARTE

UNIDOS PARA AUTENTICAR
NUESTROS DERECHOS
COMO ARTISTAS PLÁSTICOS

VOLARTE - Academia de tatuajes

 @volartattoo


 San francisco 63 A, entre Jovellar y Vapor




/ F R A N K


T A T T O O

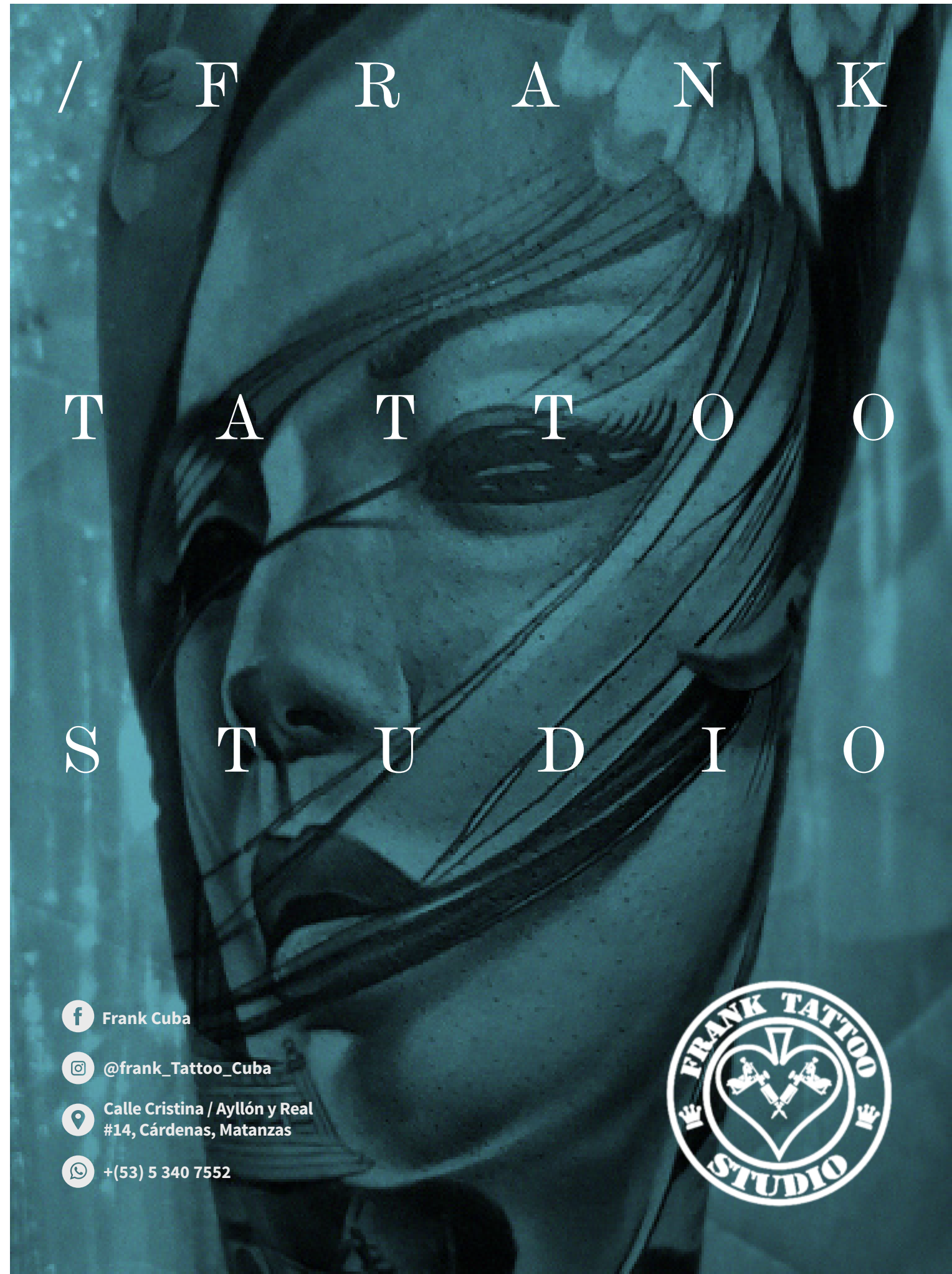
S T U D I O

 Frank Cuba

 @frank_Tattoo_Cuba

 Calle Cristina / Ayllón y Real
#14, Cárdenas, Matanzas

 +(53) 5 340 7552



NO AL MALTRATO ANIMAL



_EQUIPO EDITORIAL

Editora ejecutiva
Lourdes Mederos

Diseño editorial
Marcel Hernández (emeká)

Arte e Ilustración
Emilio Cruañas (EMII)

Fotografía
Frank D. Domínguez

Corrección y estilo
Carlos Ávila Villamar

Community manager
Frank D. Domínguez

Publicidad y marketing
Diana R. Naranjo

Colaboración
Lisette Padilla
Armando Castro
Kercia Thomás
Félix I Smell Blood
Claudia de la Rosa
Jenny Sanz
Lizandra Fernández
Claudia Chaviano
Raúl González

E L _ P L A N T E

POR: LOURDES MEDEROS

Ya sé que siempre lo digo, y hasta parece que estoy posando de romántica cuando repito que el tiempo se nos hizo corto entre edición y edición. Quizás es porque este número está hecho a golpe de zapato, de horas, días y semanas de caminar bajo el sol, con apenas un nombre sin rostro, para conocer sobre el tatuaje hecho a mano en Cuba.

Fuimos detrás de esa pista infinita, con la punta del hilo tratando de llegar al centro de la madeja para poder tejer la historia real, esa que se cuenta de boca en boca, a espaldas por completo de internet. Nos falta todavía por descubrir, pero sirva esta inyección de adrenalina para seguir tocando la puerta de otros seres anónimos.

Mientras, acá te traemos la entrevista a un artista canadiense del Old School, una reflexión sobre el arte en la época de los *millenials*, la historia de una madre tatuada y los prejuicios a los que puede ser sometida la maternidad. Y, como se trataba de riesgos, nos atrevimos a escribir sobre

la práctica de bondage en Cuba, así que muchas gracias a las personas que nos ayudaron con sus historias: todo el mundo habla de sexo al menos una vez al día, pero nadie se atreve a publicarlo...

El show principal está reservado para las técnicas tradicionales de tatuar sin el uso de la máquina eléctrica. Muleta a lo cubano, como lo vivieron nuestros abuelos y padres. El tatuaje de a pie, el "macuto" de toda la vida que esconde hermosas historias de religión y presidio.

Volvimos, como aguacero de mayo, y este número lo dedicamos a todos aquellos que tuvieron un padre en la cárcel, una madre a quien pedir disculpas por haber errado, el nombre de una mujer en la cabeza, un dios que abrazar entre tanta soledad, una isla a la que dejar atrás. Revivan nuestros ancestros en estas páginas... también nosotros prometimos ser cómplices de la herejía.

Y *Conéctate y descárgale* a la revista, ekobio, que **La Tinta** es otra que está hecha a mano.



//PORTADA:
FOTO: FRANK D. DOMÍNGUEZ
ILUSTRACIÓN: EMILIO CRUAÑAS
MODELOS: RAINER RODRÍGUEZ /
PEPE ALONSO

SÍGUENOS EN

CONTACTO

contacto.latinta@gmail.com + (53) 5 865 9401

+ (53) 5 377 9345

UN MENSAJE DE LATINTAMAGAZINE.INK



**UN PERRO
DE LA VIEJA
ESCUELA**

POR: LOURDES MEDEROS
FOTOS: CORTESÍA DEL ENTREVISTADO



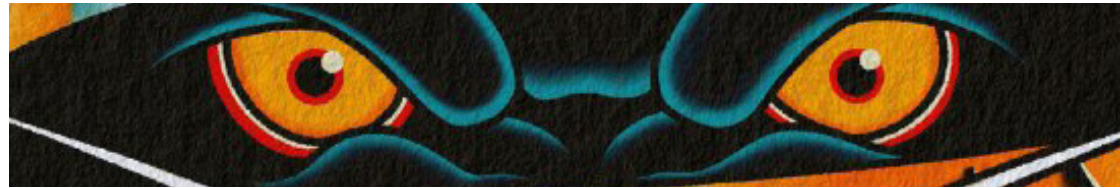
DON KUNTO

Yo nunca he estado en Gran Sudbury, una ciudad en el norte de Ontario (Canadá), pero dice Don Kunto que, solo a excepción de la duración del invierno, no la cambiaría si pudiera. Me cuenta que es una urbe minera, con un entorno de clase trabajadora de cuello azul. Un sitio fabulosamente tatuado debido a la cantidad de trabajadores y comerciantes que hay. Ahí nació él, y desde hace cinco años es tatuador en Studio 613 Electric Tattoo.

“En Sudbury los veranos son hermosos pero rápidos, los inviernos pueden ser un poco brutales y largos, pero la tienda está llena todo el año con gente maravillosa, relajada y amable. Los artistas que vienen de ciudades más grandes siempre se sorprenden por lo rápido que reservan un lugar

para tatuar. A mí me gusta ir como invitado a otros sitios más grandes, pero nunca estoy triste por volver a casa después”.

Si el lugar donde vives dice algo sobre quién eres entonces tengo bastante para imaginarme a este artista del tatuaje. Aunque de entrada, que se llame Don Kunto te prepara para la impresión que causaría un hombre de 46 años y quizás dos metros de estatura, una barba bien tupida —de los lumber originales, cero postureo—; y tatuajes que le cubren el pecho y los dos brazos sobre una piel tan pálida como lo amerita vivir en un clima frío. Pero toda la rudeza que inspira desaparece cuando conversas sobre tatuajes y sobre su estilo, que define “en algún lugar entre el Old School y el Neotradicional”.



¿Cómo comenzaste en el mundo del tatuaje?

—Aunque llegué un poco tarde, definitivamente traté de aprender intensamente a lo largo de estos años. Cuando era adolescente solo había tres tiendas en mi área, lo que hoy es un poco loco de pensar, realmente el tatuaje ha vivido una explosión desde entonces. Todos eran trabajos de pocos tatuadores y ninguno de ellos tenía suficientes clientes en ese momento para admitir un aprendiz, así que decidí seguir en la música, mi otra pasión. Pasé los siguientes 20 años de gira con bandas y trabajando en estudios de grabación, aunque siempre dibujaba tatuajes, diseños de camisetas o portadas de discos para amigos.

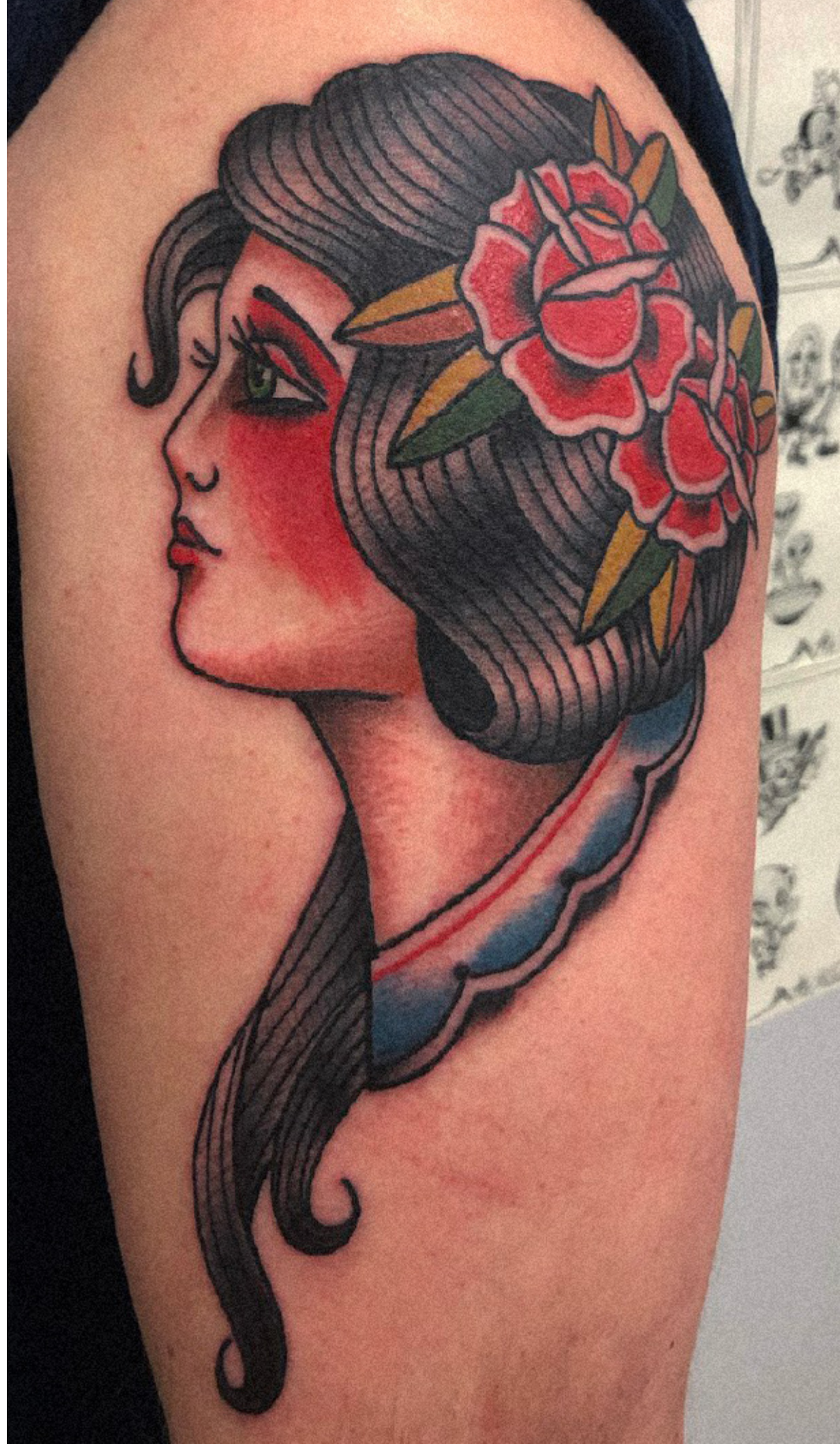
Así que hace cinco años comencé en Studio 613 Electric Tattoo. Estuve uno y medio como aprendiz de Hugh Bastard, un amigo que me había hecho una buena parte de los tatuajes que tengo y que estaba en el proceso de abrir su propia tienda. Ahí he trabajado desde el primer día que me abrió la puerta. Entre Hugh y Wild Rice, y algunos amigos de la tienda Polly Hatter y Tommy Oh, fui literalmente criado, y aprecio que todos ellos me

tomen bajo su ala. Siempre estaré en deuda con todos por ayudarme a empezar de la manera adecuada. Aunque, cuando éramos niños, mis amigos y yo nos tatuábamos de manera rústica (*stick and poke*) entre nosotros, pero no creo que eso cuente (*risas*).

**¿En qué te inspiras para crear tus diseños?
¿Por qué Old School?**

—Simplemente soy Old School. Nuestra ciudad no tuvo *Flash*, *Savage* o cualquiera de esas revistas en las tiendas, y el internet no existía aún para conocer sobre estilos de tatuajes. Así que, si no los viste en persona, pues no lo conociste. Cuando era un niño, en los años 70 y 80, la mayoría de los tatuajes que veía eran militares, o dibujos ilegales que se hacían los chicos de los 60 y 70. Dagas, calaveras, panteras, corazones con el nombre de la chica equivocada; las imágenes siempre tenían un cierto elemento de peligro y cultura foránea para ellos, me sentí instantáneamente atraído por eso. Los tatuajes eran malos y si tenías uno, probablemente también lo eras.





¿Quiénes son tus referentes?

—Dios, es literalmente interminable (*risas*). Hay mucho trabajo increíble por ahí ahora. Como mucha gente, creo que la primera vez que vi un artículo sobre Grime en una revista realmente me abrió los ojos a cuánta expansión podría tener el estilo. El trabajo de ese hombre me voló la cabeza, y merece todos los elogios que recibe. Hay ciertos artistas que creo que todos buscamos en el tatuaje tradicional más moderno, como Samuel Briganti, Stef Sebastian y Myke Chambers. Están muy arraigados en el estilo tradicional, pero cuando ves su trabajo al instante sabes quién es, y eso es enorme. Hay algunas cosas absolutamente sorprendentes sucediendo con el movimiento de tradicional en Corea, y el estilo tiene una presentación muy poderosa. Aquí en Canadá creo que todos deberían hacerse un tatuaje de Shamus Mahannah si pueden, diseños súper resistentes.

¿Qué opinas de los nuevos tatuadores que adaptan el Old School a una visualidad más novedosa, más limpia, en comparación con la clásica línea gruesa del Old School?

—Creo que es genial, la expansión y el crecimiento son una constante en todas las formas de arte, y no podrías detenerlo si quisieras. Al mismo tiempo, pienso que muchos de los tatuajes que vi de pequeño eran realmente los contornos de

un trabajo hecho con una sola aguja, pero entre los reventones de la piel y el tiempo las líneas se expandieron para parecer mucho más gruesas. También los diseños tendían a ser más pequeños, un cliente se hacía un águila luchando contra una serpiente de solo tres pulgadas en su antebrazo; por eso las líneas parecían mucho más gruesas de lo que serían si utilizas ese mismo *stencil* para llenar un hombro completo. Dicho esto, ejecutar una línea usando una aguja redonda de 14 puntas (14RL y 14RS) sigue siendo una de las cosas más satisfactorias que puedes hacer con una máquina, y me encanta cuando se me da el tamaño suficiente para ello (*risas*).

¿Por qué crees que este estilo no pasa de moda a pesar de la modernidad de otros?

—Creo que su historia y significado aún conservan autenticidad, se han vuelto atemporales. Siempre pienso en *Rats get fat* ("Las ratas engordan") de Sailor Jerry. Ese fue un diseño valiente, y probablemente estaba enojado mientras lo dibujaba, porque en realidad experimentaba eso entre amigos y clientes del momento. Podría reproducirlo hoy y es totalmente válido e impactante. Simplemente aguantan porque son tan reales... se veían geniales como el infierno en nuestros abuelos, y tienen ese mismo efecto en los nietos.



¿Te gusta el Old School clásico o haces algún tipo de variación en los diseños/técnica al tatuar para conseguir nuevos resultados?

—Soy 100% *work in progress* y siempre seré feliz cuando me perfecciono y cambio. Mi corazón está definitivamente en el pasado, pero creo que la reproducción cruda del Old School la dejaría a los tatuadores muy tradicionales. Crecí con tatuajes viejos, cómics clásicos, portadas de discos de heavy metal y rock, el movimiento de carteles de serigrafía, el skateboard clásico, todo eso está implícito cuando diseño. Me gusta agregar azul y pienso que, a veces, una pieza se ve mejor con unas pocas líneas de peso. Al final del día solo quiero hacer algo que se vea lo mejor de lo que sea capaz.

Entre tantos diseños que voy mirando de Don Kunto, tropiezo con uno que lleva él mismo sobre

su pierna. Es una máquina de tatuar muy tradicional —no es de extrañar a estas alturas— con las iniciales O.D.N.T y un post que dice:

“Se considera de mala suerte tatuarse una máquina antes de que termine tu aprendizaje. Al culminar el mío, yo mismo me hice una que parece un barco en el mar con una bandera que ondea en la parte superior. En su interior, mi mentor Martin Burgeois puso esas iniciales. ¿Qué significa? No tenía ni idea. Me dijo: «*Old dog, new tricks*» (‘Perro viejo, trucos nuevos’). Llegaste en este punto de tu vida en que mucha gente habría pensado que era demasiado tarde, y podrás hacer cada truco que te lancen”.

Más abajo hay una frase donde expresa a Burgeois el agradecimiento por tal significado. Me pregunto si algún día yo podré darle el mío por esta entrevista. □



BONDAGE PARA NO INICIADOS

Haciendo una revisión rápida y superficial encuentro que la palabra bondage proviene del inglés medieval (*bond* significa “siero” o “esclavo”). Su primer significado vendría a ser algo así como “servidumbre” o “esclavitud”, y se refiere actualmente también al placer de ser atado (rol sumiso) o de atar a otra persona (rol dominante).

POR: CARLOS ÁVILA VILLAMAR
FOTOS: FRANK D. DOMÍNGUEZ
MODELOS: KERCIA THOMAS Y FÉLIX I SMELL BLOOD



EL BONDAGE PARECE CONSTITUIR UN ESCAPE PRECISAMENTE DE LO HABITUAL

La Enciclopedia Concisa del Sexo Moderno, de John Baxter define bondage como “satisfacción sexual obtenida mediante ataduras: sogas, esposas, cadenas, correas, etc.”, y lo agrupa dentro de las prácticas del movimiento BDSM (“Bondage y Disciplina”; “Dominación y Sumisión”; “Sadismo y Masoquismo”). Se popularizó a partir de los 50s en Occidente, aunque proviene del *shibari* japonés, que se practicaba desde mucho antes. Entre los juguetes más utilizados se encuentran las mordazas, la capucha (lo normal es que solo tenga agujeros para la nariz y la boca), los arneses (que dejan suspendida a la persona), los grilletes, la soga, la camisa de fuerza, y el cepo (pueden colocarse en este último la cabeza de la persona y las manos, como solía hacerse en la edad media, pero actualmente también se fabrican cepos para el trasero o los genitales). Uno de los juguetes más sofisticados del bondage es la cama, silla o mesa de violación (en inglés *rape rack*), en la cual la persona sometida queda inmobilizada como ganado, con los genitales expuestos y vulnerables, sin muchas posibilidades de mover el cuello, y por tanto de enterarse de lo que sucede. *La Enciclopedia de las Prácticas Inusuales* de Brenda Love, menciona con detalle otros objetos auxiliares como el espejo, el candado y los guantes.

Descubro en esta primera e ingenua revisión algunas prácticas que parecen extremas, entre ellas el acordonado, que consiste en hacer un ejercicio de acupuntura en la piel de la víctima y luego pasar un cordón a través del ojo de las agujas, hasta hacer las tramas más imaginativas; el empalamiento, que consiste en clavar literalmente el pene de la persona a una tabla, lo cual hacían los asirios, con fines no recreativos —no para el dueño del pene, al menos—; y el ahorcamiento —o para ser más exactos, “seudoahorcamiento erótico”—, que practicado en solitario llega a ser comprensiblemente peligroso (el ex esposo de Kylie Minogue murió de esta forma).

Una investigación superficial sobre el bondage puede dejarnos aturdidos ante el nivel de variedad y de especialización al que puede llegar el sexo, una actividad que en la mayoría de los seres humanos (creo que llegados a este punto debo incluirme en este grupo) es más bien rutinaria, o al menos sencilla. El bondage parece constituir un escape precisamente de lo habitual, que en ocasiones se asocia a otras prácticas como el sadomasoquismo, aunque el vínculo no sea en lo absoluto necesario.



Ver una película pornográfica, leer un pasaje de una novela de Michel Houellebecq o hacer una búsqueda en internet constituyen aproximaciones engañosas, insuficientes. Se centran en la rareza, en la diferencia (en apariencia abismal) con las relaciones sexuales “comunes”. ¿No he comenzado este texto también yo, después de todo, con un catálogo de prácticas, con un repaso deshumanizado y sensacionalista? Hablar con personas que llevan años practicándolo en Cuba me ha ofrecido información mucho más útil que cualquier libro.

Uno podría confundirse fácilmente y creer que el bondage se hace cada vez más popular solo gracias al crecimiento de una industria insaciable de dinero, con sus propias herramientas para captar nuevos clientes, apelando a las tendencias imitativas de los seres humanos. Su propio carácter ceremonial propicia el uso de trajes especiales de goma y de cuero, artefactos de placer extremadamente sofisticados y costosos, detrás de los cuales hay una auténtica industria. Pero lo que verdaderamente lo hace posible es su efectividad para canalizar o representar impulsos que ya están en nosotros, que probablemente tengan una base evolutiva y

cultural extremadamente sólida. “Siempre fui muy dominante, solo que no lo había canalizado de la manera adecuada, hasta que descubrí el placer del sometimiento sexual. Hago mis propias cuerdas utilizando seda”, cuenta Yulián, que trabaja como chef. La práctica del bondage en Cuba sin una industria que lo respalde (en el marco de la legalidad, al menos) desmiente hasta cierto punto la idea del bondage como una corrupción mercantilizada de la naturaleza gentil del sexo (¿la naturaleza del sexo es solo gentil?). “El bondage no necesariamente implica dolor, lo que comparte con el sadomasoquismo son los roles de dominación y sumisión”, dice Kercia, estilista, modelo y artista plástica.

Amanda, modelo y actriz, lleva poco tiempo practicando el bondage. Aunque conocía a personas que sí lo hacían, no se imaginaba a sí misma hasta que hizo una sesión fotográfica que incluía artefactos de dominación y sumisión. “En el momento en el que puse el collar en mi cuello, algo cambió dentro de mí. No sabía si era la esbeltez que me daba, pero me sentía poderosa. Surgió todo estando ahí, y yo adopté el rol de la sumisa. Tuve que aceptarlo: me gustaba el collar”.

“LO QUE ME EMOCIONABA TANTO DE LA SUMISIÓN ERA HACER SENTIR A LA OTRA PERSONA QUE TENÍA COMPLETO CONTROL SOBRE MÍ”

Cuando salió de allí supo que quería experimentarlo. “Recuerdo el primer reto. Tenía que atar mis tobillos durante diez minutos, y enviar una foto en la que se vieran las marcas del amarre a un grupo en WhatsApp con más practicantes. Lo increíble fue verme a mí misma atada, sola, esperando ese tiempo”. Para Amanda, el placer del bondage radica en buena medida en cuánto cree que puede excitar a alguien más lo que ella esté haciendo. “Lo que me emocionaba tanto de la sumisión era hacer sentir a la otra persona que tenía completo control sobre mí. El placer que yo provocaba entregándome me volvía poderosa”. Para ella es importante el acto de verse desde afuera. Le encantan las marcas que le quedan después de ser atada.

Los entrevistados me comentan sobre la existencia de grupos de WhatsApp de bondage en Cuba (uno de ellos lleva el nombre de “Los hijos del maltrato”). Y una de las cuestiones que enfatiza Kerica al respecto es cómo han tenido que evitar a los entrometidos, a los mirones que solo entran para curiosear, sin realmente ser parte de la fraternidad. “El grupo comenzó con aproximadamente 200 miembros. Con el paso de los meses por cuestiones de protección a la privacidad y respeto a la intimidad de los realmente involucrados, la administración tomó la decisión de eliminar a aquellos que no participaban. Sucede que también había personas que solo estaban por morbo, o para recopilar información de los miembros”.





¿QUÉ ES EXACTAMENTE
LO QUE ESE VOYEUR
QUIERE SABER? ¿QUÉ
ARTEFACTOS SE USAN?
¿QUÉ TAN PELIGROSO
ES EL BONDAGE?



Las preguntas de mis entrevistas tratan de estar a medio camino entre lo valiente y lo respetuoso, y en un primer nivel tienen que satisfacer la curiosidad de ese público externo, que es preferible que lea un ensayo en una revista antes de que entre como polizón a una comunidad de bondage por WhatsApp. ¿Qué es exactamente lo que ese voyeur quiere saber? ¿Qué artefactos se usan? ¿Qué tan peligroso es el bondage? “He tenido algunas experiencias fuertes, aunque no demasiado, siempre me he cuidado. Hay palabras de seguridad que están para eso. Y del mismo modo he usado palabras o frases en código para indicarle qué quiero que me haga”, dice Félix, fotógrafo y relacionista público.

La palabra de seguridad la dice el sumiso al dominante para indicarle que se detenga. Lo más difícil de una aproximación al bondage constituye

la condición privada de la práctica. Cada pareja al final adopta sus propios hábitos, símbolos, chistes internos, referencias, y es muy probable que el bondage reutilice la mitología de ese universo privado. Por tanto, hablar de códigos generales del bondage, como la palabra de seguridad, puede resultar engañoso. Yulián no usa la palabra de seguridad, no la ha necesitado hasta ahora. Sin embargo, Amanda revela: “El otro día hablaba sobre la palabra de seguridad con mi pareja. Tenemos que inventarnos una, nos dijimos, porque pedir al otro que se detenga corta todo el rollo”. Para eso es la palabra de seguridad, y solo ahora me doy cuenta: está hecha precisamente para no “cortar el rollo”. Porque, además, ¿qué pasa si uno quiere gritar “detente, por favor” justo para significar lo contrario?





“TIENE QUE EXISTIR UNA CONEXIÓN ESPECIAL ENTRE AMBOS, CREO QUE ES MEJOR PRACTICAR EL BONDAGE DENTRO DE UNA PAREJA ESTABLE”

El conocimiento sobre los riesgos del bondage quizás sea una de las primeras preguntas que pueda hacerse un desinformado. “No debemos dejar solo en una habitación a un miembro sometido, en un estado de completa vulnerabilidad. Siempre tiene que haber otra persona porque puede ser peligroso”, dice Kercia. “Entre los riesgos más frecuentes están las quemaduras de fricción y los trastornos musculares. Para una suspensión hay que conocer qué posturas pueden ser menos peligrosas para el cuerpo y no usar cualquier soga, hay fibras que dañan menos la piel que otras. No es recomendable ir directamente a internet y tratar de imitar el primer video que veas”, añade.

“Tiene que existir una conexión especial entre ambos, creo que es mejor practicar el bondage dentro de una pareja estable”, aconseja. Algo que me parece común en las experiencias de los entrevistados es esto, la importancia de la confianza en una relación. Puede parecer trivial al lector-voyeur, pero lo invito a que piense por un momento una serie de cuestiones, no las más ligeras, como la opinión que puede tener un desconocido sobre uno si lo invitamos a ser parte de una sesión; sino por ejemplo en que las ataduras son reales, y muchas inmovilizan por completo: ¿entregar el dominio por completo a un desconocido puede ser una buena idea?

Los entrevistados parecen concordar en general en una serie de asuntos. Primero, no creen que durante la ceremonia dejen de ser ellos mismos, no se convierten en otras personas, lo cual desmiente uno de los mitos asociados a la práctica (la idea de que algunas personas tienen un “otro yo” en su vida sexual). Segundo, el bondage no ha cambiado sus relaciones de pareja, en el sentido de que las ha vuelto más violentas, o tóxicas. “Yo soy una persona cariñosa en la vida cotidiana”, cuenta Yulián. Tercero, aunque los roles que desempeñan en el acto sexual suelen tener un vínculo con los roles de la relación, no siempre se repiten los roles de la vida cotidiana en el sexo, la narrativa del bondage es autónoma. Cuarto, el bondage no está necesariamente ligado al sadomasoquismo, ni siquiera implica la penetración en todos los casos.

Les pregunto si imaginan poder estar en una relación que no incluya bondage ni sadomasoquismo. La respuesta de Félix es la que más me impresiona. “De hecho estoy con alguien a quien no le gusta el bondage. Mi esposo y yo estamos juntos desde hace cuatro años, y no hemos tenido problemas en nuestra vida sexual”. Quinto mito desmentido: el bondage no se hace un hábito imprescindible, ni hace sentir que el resto del sexo es menos intenso. □

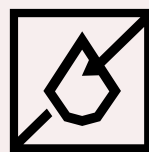
_TESTIMONIO

T O D A S L A S
B A T A L L A S
P O R E L E N A

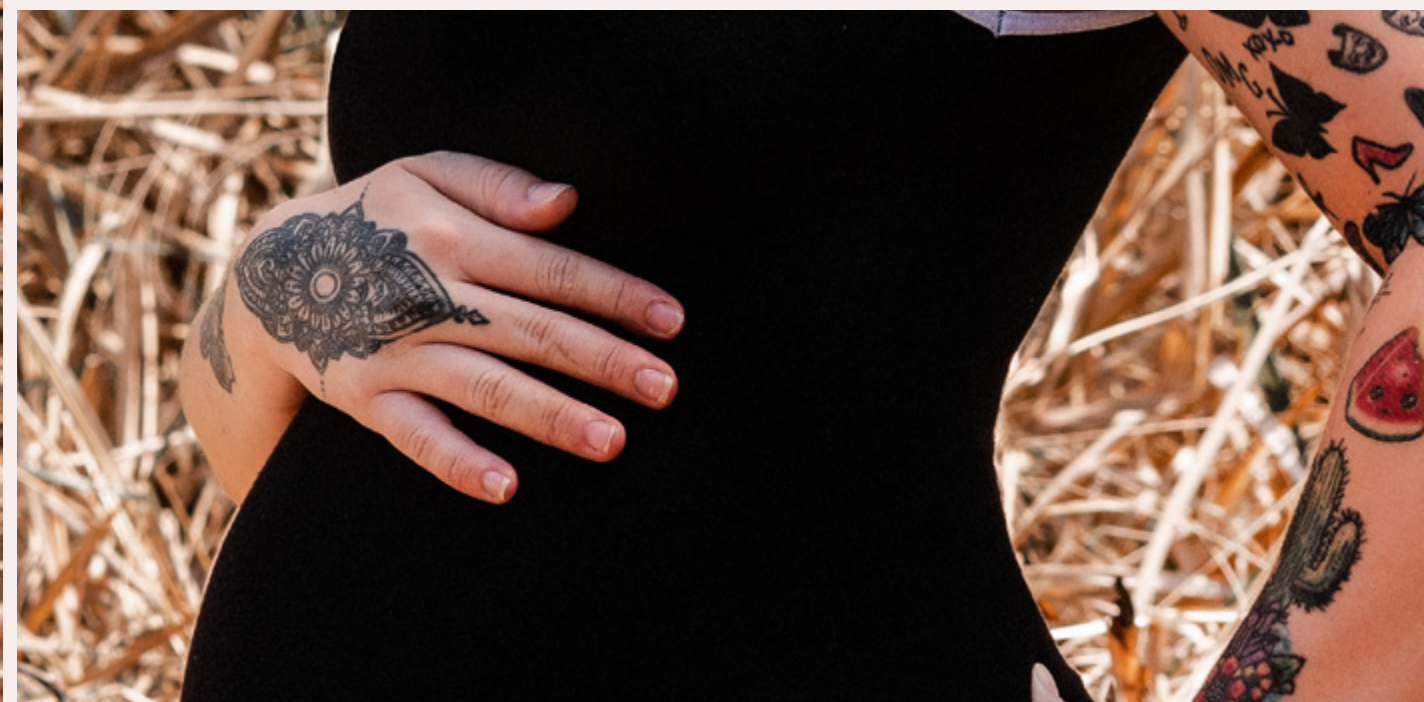
POR: LISETTE PADILLA

FOTOS: FRANK D. DOMÍNGUEZ

MODELO: CLAUDIA DE LA ROSA



SIN
MEDIAS
TINTAS



I

Nací en el cuarto de un solar en Belén, uno de los barrios más interesantes de la Habana Vieja. A la derecha vivía Oscar, un señor mayor que había sido marinero y llevaba tatuados los brazos, el pecho y la espalda, en los que imperaba el color rojo, y aunque la estricta educación de aquellos tiempos no permitía mirar fijamente (muchísimo menos preguntar), yo aprovechaba cuando él dormía la siesta en el sillón del pasillo y me atrevía a pasar silenciosa por su lado, tratando de entender qué dibujos eran esos que no

se borraban nunca y de los que no se podía saber. En el cuarto de la izquierda estaba Luis, quien también llevaba tatuajes, pero los suyos habían sido hechos en la cárcel y al parecer era algo muy vergonzoso, aunque ese sí que lo entendía: era una Santa Bárbara que le cubría toda la espalda y — pese a que no se parecía mucho a la estampita escondida en el escaparate de mi padre— era imposible no identificarla en la anatomía de un mulato de casi dos metros, que a pesar de sus años se mantenía muy bien. Ahí nació mi primer interés por aquellos dibujos indelebles en la piel.



Así que cuando tuve edad para salir de casa llegué a Calabazar para mi primera sesión de tatuajes, a una típica casa de pueblo donde la humildad se confundía con una estricta pobreza. Al llamar a viva voz —como un pregonero— alguien respondió que siguiera por un pasillo lateral al patio del fondo; me guiaron dos perros hasta los pies de su dueño, quien reposaba inerte sobre una silla de ruedas. Pasadas las presentaciones y detalles sobre el diseño comenzaron los preparativos para vivir una experiencia totalmente rústica pero deseada. El hombre preparó un fino palillo de madera con tres agujas de coser, delicadamente atadas con un hilo que las mantenía fijas y en fiel abrazo. Aquel curioso y simple artefacto llevaba el nombre de “muleta”, tenía unos ocho centímetros de largo y cuatro de ancho, y sería el responsable de estampar para siempre una ola japonesa con la silueta de un delfín en la parte trasera de mi hombro.

Al principio fue doloroso, pero rápidamente sentí como se adormecía esa zona y la sensación pasó a ser solo incómoda. No recuerdo con exactitud el tiempo que duró (¿tres horas? ¿un poco más?) pero al salir llovía a cántaros, y a pesar de la insistencia de los perros para que esperara a que amainase salí corriendo, agradecida y enfadada por la sensación de que me hubiesen pegado un hierro caliente, como cuando marcan a un caballo. Quería ser bendecida por la lluvia para que calmase aquel jodido ardor y me ayudase a pensar en un plan estratégico de simulación: mi nuevo y único tatuaje, en ese momento, debía permanecer oculto a la vista de todos... con nadie podría compartir ese dolor-alegría porque, a pesar de haber pasado muchos años, un dibujo en la piel que no se borra nunca seguía siendo cosa de Oscar y Luis.





II

Así mi cuerpo se fue transformando no solo con la anatomía propia de una mujer, sino con todos los diseños que iban ganando espacio en mi piel. Luego llegó la maternidad. Tantos años después, infinitas son las historias que me vienen a la cabeza si pienso cómo fue ser una “madre tatuada”, los juicios que escuché decir: “qué engendro de hija saldrá de ahí”, “a saber la educación que ella le puede dar”, incluso otros más fuertes. Siempre fui muy criticada por ser diferente.

Cuando Elena, mi hija pequeña, tenía cuatro años, yo ya llevaba la espalda tatuada y algunos otros lugares visibles, había convertido mi cabello en hermosos dreadlocks teñidos de rojo que me llegaban por debajo de las nalgas, y mi hija mayor —que estaba aprendiendo a poner piercings— sumó algunos detalles metálicos y puntiagudos a mi rostro de treintañera. Nada de eso encajaba en la imagen concebida de madre, y además soltera. Viviendo en un barrio residencial como Nuevo Vedado desentonábamos, según iba entrando al Círculo Infantil con mi hija veía las miradas de horror y cómo se apartaban discretamente (o no) las otras madres. Hasta un día que la directora me presentó como artista en medio del matutino, dato que sacó de las planillas de inscripción, pues fue la respuesta más lógica que ella encontró para tal imagen, y que noblemente (prefiero pensar) quiso compartir con el resto para que fuera perdonada por la “desfachatez” de mi apariencia. Así fui menospreciada-juzgada-perdonada-aceptada.



Recuerdo el día en el que me solicitaron presentarme urgente en la dirección. Me contaron que a la hora del recreo las dos educadoras que atendían el grupo de niños y niñas decidieron hacer dentro del aula un círculo, y que cada uno según su turno se levantara al centro a interpretar su canción favorita. En esos días me habían regalado el CD del grupo español Estopa, estaba recién salido y no paraba de sonar en mi casa, sobre todo a la hora de levantar a Elena, que siempre ha sido de mal despertar. Uno de los temas que contenía el disco hablaba de los deseos del cantante de “sembrar un inmenso jardín de marihuana... de la buena”. Y ese fue el tema que cantó mi hija. Después de una larga explicación a la directora, y sin salir de mi asombro por la indiscreta memoria de Elena, quedé en llevar el CD al otro día. Tal había sido la confusión de sentimientos de la directora (porque a esas alturas ella se había hecho querer) que comentó el incidente en su casa; y resultó que su hija también era fan de Estopa y le rogó que me pidiera el disco para copiarlo. ¡Con la alegría que nos saludamos al día siguiente! Ella porque complacería a su hija y yo porque no me llamaron a la policía.

Será coincidencia o casualidad, pero acaban de regalarme *Fuego*, el nuevo CD de Estopa, y aunque Elena ya es grande mejor me voy a escucharlo en privado.□



E L D O L O R

E S C O S A

D E L P A S A D O

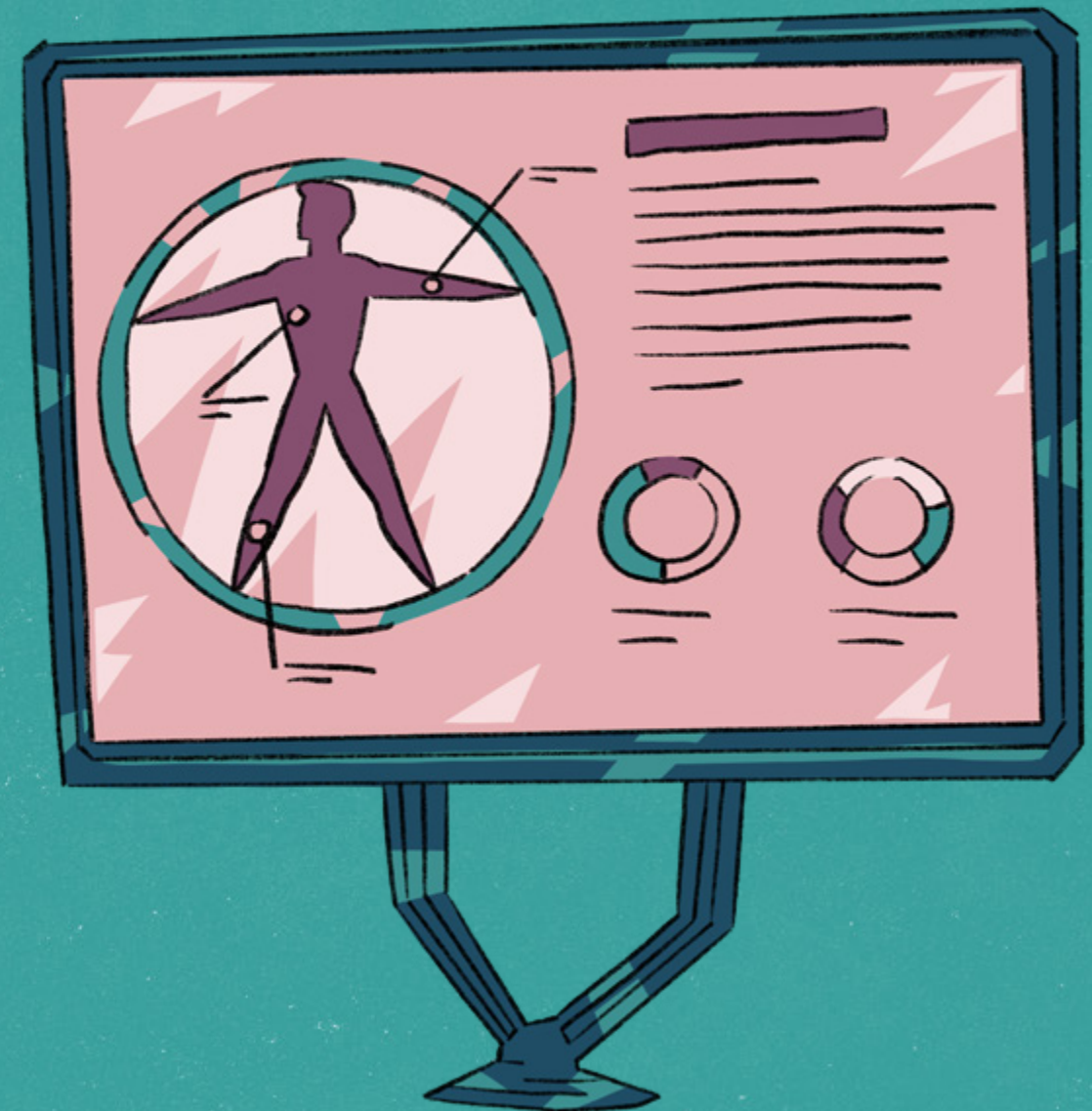
POR: ARMANDO CASTRO

ILUSTRACIÓN: EMILIO CRUAÑAS

“¿Qué hora es?” —pienso mientras me despierto atolondrado—. Aprieto fuertemente los ojos, ardientes por ver videos y realitys hasta las tantas. Desde que puse el nuevo servicio de contenido por *streaming* no paro de ver basura. Tengo que acostarme temprano los días que necesito hacer cosas importantes. “Importante”: esa palabra me abre los párpados y la luz contrae mis pupilas, quitándome el entumecimiento con una inyección repentina de dopamina. Recuerdo por qué madrugo.

Hoy inauguran la nueva cabina de impresión tatuajes en el Vedado, equipada con diez máquinas SD-Full Color 5.0. Hace más de un año está el run run de que las habían comprado y estaban en no sé cuál almacén de Playa. Da igual, según los rumores las estaban instalando y hoy entraban en funcionamiento. ¡Al fin! Quiero ser de los primeros en llegar, aún en este año las colas son kilométricas.

Me doy un baño rápido y me depilo, aunque estas nuevas impresoras tienen servicio completo de remoción de vellos ante de tatuarte. Pero es mejor precaver, aquí por ahorrar tiempo o corriente son capaces de anularle esa función. Me acuerdo de la SD-Vintage 3.0, que tenía servicios de música, videos personalizados y conectividad... y se los quitaron. Parece una bobería, pero la experiencia lo es todo: el placer que provoca tatuarte unido a un ambiente acogedor, familiar. Así piensa un administrador de cabinas que hay en Centro Habana, gracias a su gestión personal las tiene a full de capacidad, por eso las colas no terminan. Alrededor de treinta tatuajes me los he hecho allí, aunque esa tecnología sea vieja. Estas nuevas máquinas sí son una cosa del otro mundo: el nivel de detalle, la capacidad de degradado y mezcla de más de 16 mil colores. Fuera del país son la norma, pero aquí no habían entrado.



QUÉ SERÍA
DE MIS
TATUAJES
SIN LAS
CABINAS



Me paro frente al espejo al salir de la ducha y miro con cierta nostalgia los primeros tatuajes que me hice. Se ven rústicos. El acceso a las cabinas es solo para mayores de dieciséis años, aunque esas prohibiciones aquí no funcionan para nada.

Ahora la cosa es más sencilla y rápida. Mi bisabuelo me hace los cuentos de su época y me es difícil imaginarlo. Él está forrado de antiguos tatuajes hechos de forma analógica. Cuando entraron a Cuba las primeras máquinas SD se negó rotundamente a cambiárselos. Como dice: “tú no sabes el dolor que tengo invertido aquí”, mientras señala alguna parte de su cuerpo. En aquellos tiempos tatuarse era una práctica reconocida por el dolor que implicaba y que estabas dispuesto a aguantar. Algunos demoraban días en hacerse, la curación era compleja y los riesgos de infección o deterioro del trabajo eran una posibilidad. Se hacían con agujas directamente sobre la piel. Escalofriante. “Ser tatuador era un oficio relativamente común —decía—. Dabas una patá y salían 100 locos que se dedicaban a eso. Y carísimos, cualquier cosa que te hicieras, desde dos líneas hasta una manga”.

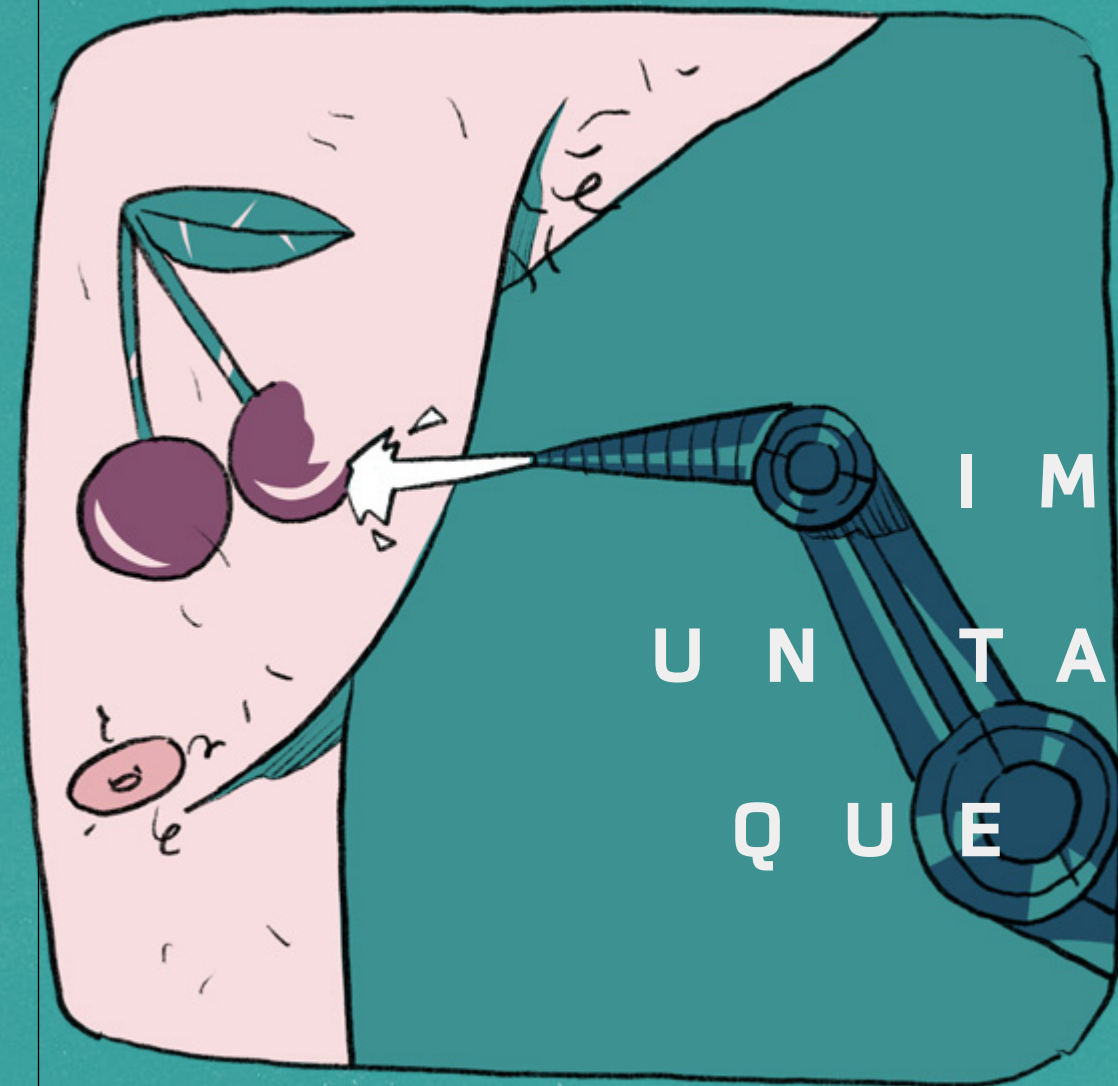
Cuando era muy niño jugaba conmigo a “adivina cuánto”. Él señalaba un diseño suyo y yo decía un precio loco, y moría de la risa al ver mi cara de asombro cuando la cifra era cinco veces menor a lo que había costado. Nunca lo entendí realmente, me cuesta pensar qué sería de mis tatuajes en aquellos tiempos sin la existencia de las cabinas y la tecnología SD. Jamás entenderé sus conceptos de “complejo” o “trabajoso”. Comprendo que la variante analógica de tatuarse es especializada, por eso en estos tiempos es un trabajo exclusivo, hecho por muy pocos artistas visuales en el mundo; y esos, en este país, se cuentan con los dedos de una mano. Solo quedan quienes utilizan la piel como soporte de sus ideas y discursos artísticos, incluso ellos escogen a personalidades e individuos influyentes de la sociedad para que carguen en sus cuerpos sus obras, por un tiempo determinado. “Exposiciones” les dicen. De ahí partían la mayoría de discusiones con mi bisabuelo sobre el tema, quien defiende a capa y espada aquellas viejas costumbres y reniega de las nuevas.

¿Cuál es la necesidad de pasar trabajo en una cosa tan mundana como decorarse la piel? El dolor, el gasto de dinero, el tiempo, y sobre todo la imperfección y la dependencia que te da una persona como intermediario, más si no es una obra hecha por un artista. Solo le digo que me señale qué tienen de malo las máquinas SD. Antiguos textos y revistas nacionales dedicadas al arte corporal —que en la época se le decía a cualquier tatuaje— hablaron de su tecnología como innovadora, democratizante. Según ellos, las cabinas para tatuajes evolucionaron la manera de ver el fenómeno, rompiendo tabúes y estereotipos. De un día para otro, tatuarse pasó de ser visto casi como un culto sectario a ser un hábito tan normal como pelarse.

Hoy llegas a tu cabina, que funciona las 24 horas, pagas con tu cuenta personal (o en casos extremos, si no hay conexión, depositas efectivo), envías lo que quieras hacerte y la impresora analiza según tu fisonomía cómo te quedaría mejor; incluso puedes introducirla en

modo aleatorio de estilos. También, en caso de que seas indeciso o carezcas de imaginación, puedes activar el acceso a tu perfil de redes sociales, para que el software cree un diseño increíble, imposible que no te guste. Y lo mejor, lo tendrás listo en tu piel en un máximo de cinco minutos, respetando el eslogan oficial: “Tu tatuaje, indoloro y rápido”. Cuando te aburres vuelves y te haces otro distinto. ¡Y aún hay dudas de la desaparición casi total de los tatuadores u operarios analógicos de aquellos tiempos! Tal vez sea señal de que realmente eran innecesarios. Mi bisabuelo no lo admite, y entre resabios y gruñidos hace silencio.

¡Oh, las ocho de la mañana! Voy tarde ya. Increíble las cosas de la vida, todavía después de tantos años me pongo ansioso. Algunos dicen que ya no somos especiales por estar tatuados. La verdad es que adoro haber nacido en una época donde hacerlo no defina nada. Y bueno, gracias por las cabinas y las máquinas SD... no me imagino un tatuaje que duela. □



N O M E
I M A G I N O
U N T A T U A J E
Q U E D U E L A

L O Q U E
L E S C O N D E
L A M U L T A

Nunca me había parecido tan cercana la frase de que “el hombre es a lo que su herramienta” como cuando tuve una de hacer tatuajes a mano. Algunas son largas en extremo, otras cortas cual lápiz mocho, de metal o hechas de trozos de madera torneados. Son como un tótem personal que lleva cada tatuador



POR: LOURDES MEDEROS
FOTOS: JENNY SANZ
ILUSTRACIÓN: EMILIO CRUAÑAS



EL

El *handpoke* (empujar a mano), como se le conoce a la técnica de tatuar sin máquina eléctrica, es la técnica primigenia de este arte que hace algunos años ha tomado popularidad en el mundo, no solo por su valor artesanal, sino como una vía para muchos de hacerse sus propios diseños en la piel, incluso desde su propia casa.

La práctica del también conocido como *stick and poke* (palo y empuje) ha sido promovida incluso por marcas de tatuaje, quienes han comercializado kits con agujas estériles, guantes, compresas y tintas para que aquellos que se arriesgan a hacerlo de manera independiente tengan las condiciones sanitarias correspondientes.

De cualquier manera, la posibilidad de tener un tatuaje realizado con las técnicas de nuestros antepasados ha reivindicado el valor del *handpoke*, antes asociado a la falta de higiene, la imperfección estética o la morosidad (cuestión última sobre la que se construyó el imperio de las máquinas).

La historia recoge prácticas de *handpoke* desde fechas tan sorprendentes como 5300 a.C, con el hallazgo de la momia Ötzi en los Alpes. El “hombre de hielo”, como se le conoce a este sujeto de 46 años y 159 cm de altura, cargaba con más de



70 tatuajes por todo su cuerpo hechos con una función mágico-curativa, según revelan las investigaciones, y realizados con objetos punzantes como piedras, atadas a bastones con los cuales se golpeaba la piel para introducir la tinta.

Como hemos abordado en ediciones anteriores, la técnica de tatuar a mano —a pesar de ser global y de que cada cultura la desarrollara a su manera en dependencia de sus condiciones— tiene a la vanguardia tres métodos fundamentales.

La técnica samoana, que desarrollaron en las islas del Pacífico, que consiste en dos instrumentos de madera: uno similar a la imagen de un rastrillo cuyas agujas serían huesos afilados, el cual se presenta sobre la piel y la penetra tras los golpes de la otra herramienta, un martillo. La segunda técnica es la que pertenece al tatuaje tradicional japonés, denominada Tebori, para la cual se utiliza una varilla larga de madera o metal (*Sashibo*) con agujas sujetas en la punta. Por último, está el método tailandés que desarrollaron los templos budistas para eternizar mantras y geometría sagrada. Para llevarla a cabo se utilizan las cañas de bambú afiladas, aunque en su variante moderna ya se usan agujas de acero desechables.

No obstante, muchos pudieran ser los métodos para el *handpoke*, pues básicamente toda herramienta punzante capaz de penetrar la piel abre el camino a la práctica, razón por la cual el tatuaje a mano se ha desarrollado en todo tipo de condiciones. Quizás por estos motivos se popularizó en el imaginario colectivo que tatuarse con estos métodos puede ser antihigiénico o peligroso.

Sin embargo, el *handpoke* ha demostrado tener sus ventajas, que no solo están dadas por el hecho de que no hay riesgos si se realiza con todos los cuidados de asepsia; sino que además promete una curación mucho más rápida y un menor deterioro a la piel, pudiendo ser un método recomendado para personas con problemas de cicatrización o incluso para quienes no pudieran estar semanas pendientes de la sanación.

Pero, ¿por qué si la revolución del tatuaje inició con la invención de la primera máquina de tatuar en 1891, el *handpoke* no quedó como un método exclusivo, quizás con funciones de ritual o simplemente como tradición en las islas donde forma parte habitual de sus modos de vida?

En la modernidad, tatuar a mano ha sido un método de solución histórico prácticamente, pues ha acompañado procesos sociales y culturales como los grupos de punk, los hippies, los viajeros clandestinos o emigrantes que viajaban de polizones en vagones de mercancía o los prisioneros. En Cuba, por ejemplo, los jóvenes lo han ensayado durante décadas en contextos como el Servicio Militar Activo.



Para todos estos casos —e infinitos más— el tatuaje a mano ha otorgado la inmediatez que soluciona la imposibilidad de asistir a un estudio y ser tatuado por un profesional. Pero a pesar de que mantenga eternamente esta naturaleza amigable y clandestina, hoy ya es practicado de modo profesional por los artistas del tatuaje, llegando a tener resultados impresionantes.

Sin embargo, el ejercicio actual de la técnica sigue manteniendo características determinadas, como la sencillez de los diseños y colores (el minimalismo es una regla que se impone en la mayoría de los casos), el tiempo de elaboración y por ende el tamaño reducido de la pieza. De hecho, si pensamos en los diseños representativos del tatuaje japonés, polinesio, etc. observamos que cada método responde a una necesidad. Por ende, el estilo y sus características ha estado determinado por la herramienta. De modo que la historia del *handpoke* y del tatuaje en general ha dependido históricamente de necesidades, de respuestas a un contexto, y no meramente a inquietudes artísticas.





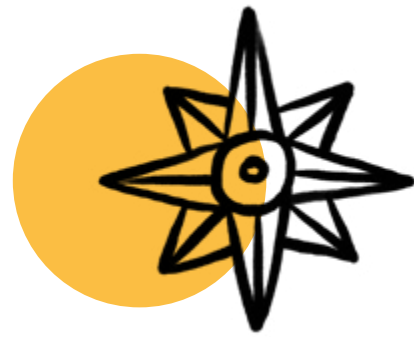
¿CUÁL ES LA HISTORIA DEL TATUAJE A MANO HECHO EN CUBA?

Pero, si es así, ¿cuál es la historia del tatuaje a mano hecho en Cuba? Contrario a la fuerte tradición de otras culturas, un análisis exhaustivo es poco probable, debido al proceso de exterminio que sufrió la población aborígen con la colonización española, lo cual pone en manos de la arqueología cualquier conocimiento sobre nuestros antepasados. Pero hay aportes en literatura que provienen de las memorias del conquistador Bernal Díaz del Castillo, quien se refirió a pinturas corporales en los taínos, presumiblemente tatuajes de gran dimensión. Otros hallazgos como el sílex (mineral), conchas y espinas de distintas formas y amontonadas podría suponer su uso como herramientas para hacer tatuajes, una vez comprobada la posesión de pigmentos vegetales y la representación con marcas taínas en pequeñas esculturas.

Luego el período del colonialismo introdujo en nuestra isla el fenómeno de la trata negrera y la esclavitud china tiempo después, con lo cual apareció en el panorama, por un lado, la cultura de las escarificaciones, unidas al tatuaje de categoría tribal; y por otro la aparición de un elemento que fue característico del tatuaje cubano durante muchos años: la tinta china.

Ya en el siglo XIX comenzaba a consolidarse (producto de tanto mestizaje cultural) las sociedades abakuá en las zonas portuarias de La Habana, Cárdenas y Matanzas. Fue el pueblo de Regla la primera potencia de asentamientos de dicha sociedad secreta hacia 1830. De este legado cultural, 100 años después, provenía Juan Ramón Chenique “Saladito”, obonékue de abakuá Efó y uno de los primeros tatuadores cubanos de los que se tenga conocimiento. Uno de sus aprendices, por entonces niño, Julián González, es hoy, presumiblemente, el único tatuador de la época que actualmente vive en Regla:

“Yo era muchacho y Saladito vivía cerca de mi casa. Era un mulato que pintaba con muleta, un gran pintor de tatuajes, muy rápido. Sin embargo, era muy celoso, no dejaba entrar a nadie mientras lo hacía, no enseñaba ni a sus ekobios, pero a mí me dejaba estar, por ser un niño. Recuerdo que me confesó un secreto: agachar la aguja, recostarla más a la piel. Aunque a mí tampoco me enseñó, aprendí mirándolo. A él lo enseñó otro viejo ñáñigo que se llamaba Isidro”.



Según Julián, muchos marineros que arribaban a Cuba lo iban a ver para “pintarse”, como se le decía por entonces a la práctica de tatuar. No utilizaba guías para dibujar sobre la piel y muchos personajes cotidianos en el puerto habanero de la época fueron clientes suyos, como Chacón, un taíno deambulante.

“Él me decía: «Cuando yo muera quiero que tú sigas pintando», así que luego de fallecer tras un largo período en prisión, yo iba periódicamente al cementerio a su tumba, y sobre ella pinté una vez a 14 personas como homenaje. Me fijé en sus agujas para hacer las mías, y tanto practiqué con mis amigos que llegué a no sacar sangre. Hice tatuajes desde los ocho o nueve años, era la época de Batista, por los años 50”.

Nazir, otro tatuador que practicó muleta en sus inicios, cuenta su experiencia de la niñez: “Sobre las décadas del 40 y 50 las personas que vinieron del puerto ya tenían motivos tradicionales marineros: anclas, galeones, los nombres de la familia. Yo recuerdo que el fotógrafo de los cumpleaños, que había sido marinero, traía dibujado en el pecho el barco donde él navegaba, y los nombres de su familia envueltos en rosa, algo muy tradicional, casi Old School. Lo vi con cuatro años y me marcó para siempre”.



Nazir

La herramienta para tatuar a mano se conocía por el nombre de “muleta”, y se hacía con cuatro agujas de coser — seis si eran muy finas— que se ajustaban bien a un pedazo de madera como si fuera un pincel. Por su parte, las tintas provenían del Barrio Chino, de la marca Pelikan en el caso del negro, otros colores como el verde los obtenía de una pomada que se usaba en las vaquerías para sanar las ubres a las vacas.

“Se tatuaban mayormente los jóvenes, pero la mayoría eran religiosos, abakuás que se pintaban Santa Bárbara, San Lázaro; los masones sus símbolos; las prostitutas un lunar en la mejilla. Los hombres que salían de prisión me buscaban porque me había hecho famoso, muchos traían fotos de sus madres, y yo me fijaba y las pintaba; otros se hacían frases de cariño a su familia o el nombre de su esposa. Luego, cuando la época de los frikis, pinté muchas carabelitas en la mano, entre el pulgar y el índice, en ese mismo sitio los carteristas se pintaban una estrellita. No había tanta higiene, se iba tatuando y limpiando con un trapo húmedo, pero tampoco existían enfermedades peligrosas como el SIDA. Diariamente hacía 13 o 14 tatuajes, dos o tres horas con cada cliente, y estuve poco más de 50 años tatuando con muleta”.



JULIÁN GONZÁLEZ



La práctica del tatuaje a mano se vio intensificada tras el boom de la cultura rockera. A principios del 90 comienzan a emerger otras figuras que buscan darle un sentido artístico al tatuaje, como Eduardo (Jochy) y Evelio, ambos de la ciudad de La Habana: “Básicamente el *handpoke* irrumpió por las tribus de frikis que había aquí, ellos introdujeron el tatuaje artístico, Jochy y Evelio —a cuya memoria quiero dedicar esta entrevista— eran la punta de la cresta de esa ola. No había información de ningún tipo, así que los catálogos los hacíamos nosotros con diseños propios. La casa de Evelio era como un taller escuela donde iban muchas personas a tatuar” (Nazir).

Para entonces otros métodos de fabricación de tintas eran más populares: ceniza de carbón vegetal u hollín, polvos de colorear los estucos de cemento del campo, tinta de bolígrafo, plástico derretido, polvo de refresco instantáneo (para el caso de los colores); etc. Las agujas de acupuntura se alternaban con las de coser y los diseños tradicionales del tatuaje cubano seguían siendo imágenes de la religión católica y las religiones africanas. También las personas

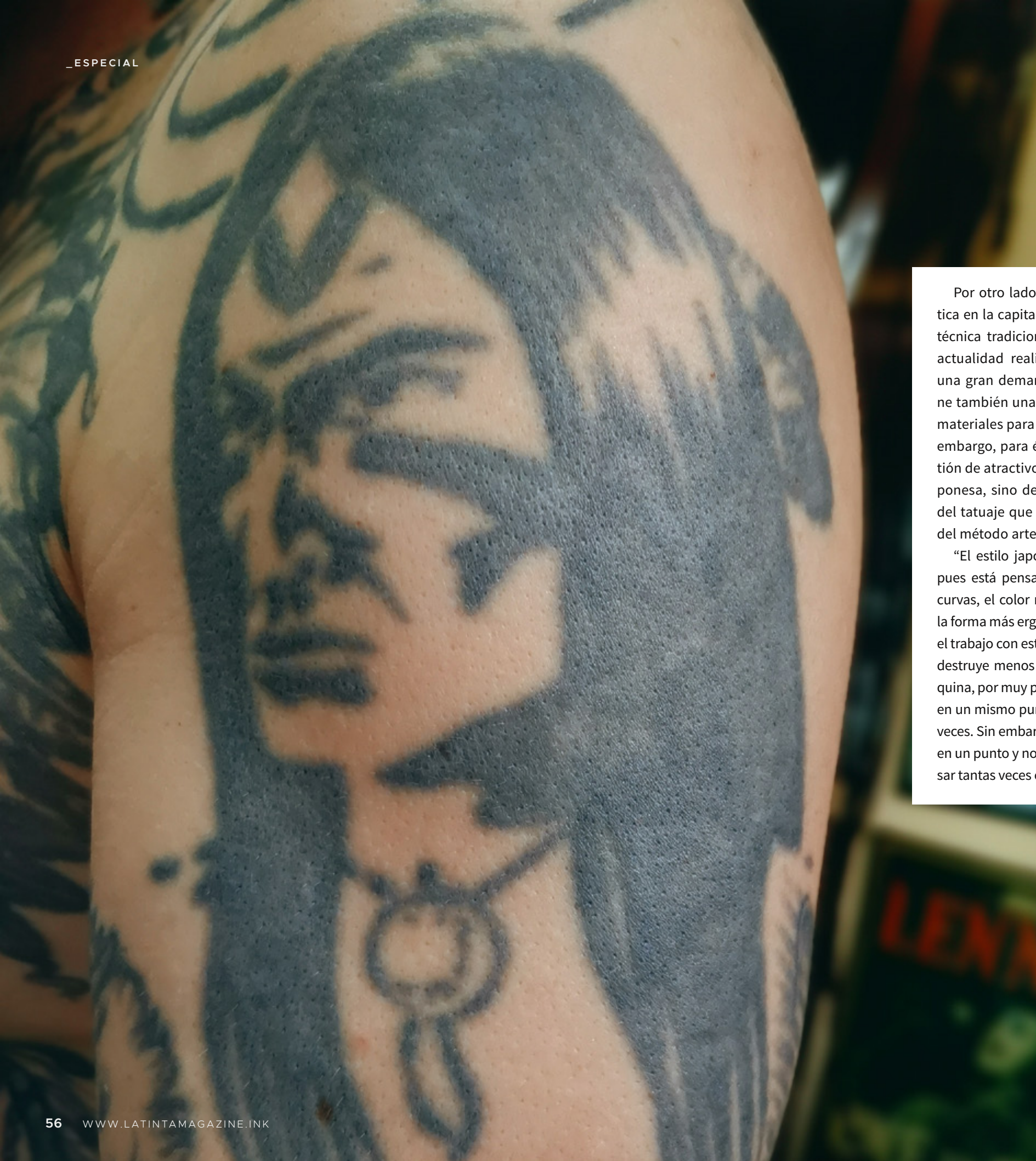
preferían otros motivos de moda: las chicas se hacían flores, brazaletes. Luego empezaron a tatuarse la bandera cubana, el escudo, y símbolos con identificación de la patria.

Otros tatuadores fueron emergiendo, como Ricardo Verdeguez, más conocido como “El Pulga”, Che Alejandro y Leo Canosa. Mientras, en Holguín, Yiki González es uno de los precursores y actual figura reconocida del *handpoke* en la isla: “De muy niño me interesó el tatuaje, en mi antiguo barrio mis colegas no tenían dinero para tatuarse y fue más factible para ellos involucrarme para hacérselos. Empecé tatuando a muleta, así que cogí lo que tenía a mi alcance: el cabo de un pincel, dos agujas de coser y tinta china, así me pasé dos años tatuando solamente a muleta. Se ha creado cierta cultura del tatuaje *handpoke* en mi provincia. Vienen a menudo clientes buscando este tipo de arte primitivo y ritualista, y trato de hablar con ellos para que sepan de qué va, pero solo con la experimentación del proceso lo sabrán amar o no. Actualmente tatúo una vez a la semana así, preferentemente mis propios diseños, para que la tradición no mengüe”.



Yiki González





Por otro lado, el tatuador Pepe Alonso practica en la capital hace alrededor de dos años la técnica tradicional Tebori. Él afirma que en la actualidad realizarse estos tatuajes no tiene una gran demanda entre sus clientes, y supone también una inversión de tiempo, estudio y materiales para el poco mercado que tiene. Sin embargo, para él no solo se trata de una cuestión de atractivo hacia la cultura y la técnica japonesa, sino de comprender muchos secretos del tatuaje que solo pueden revelarse a través del método artesanal:

“El estilo japonés está hecho para el Tebori, pues está pensado para hacer líneas gruesas y curvas, el color no llega hasta el borde, pues es la forma más ergonómica para el cuerpo de hacer el trabajo con esta herramienta. Es poco invasivo, destruye menos el tejido, cuando usas una máquina, por muy pocas revoluciones que le pongas en un mismo punto la aguja entra y sale infinitas veces. Sin embargo, con el Tebori penetras la piel en un punto y no vuelves a él, no tienes que reparar tantas veces como con la pistola”.

Roberto Ramos, tatuador que lleva también desde la década del 90 tatuando exclusivamente a muleta, revela otras ventajas del *handpoke*: “Los colores me quedan muy limpios y puedes cambiar a muchos estilos, a la hora de rellenar puedes ser más certero, y si te equivocas no tienes por qué repasar toda la piel, sino el segmento donde está la imperfección. Aunque creo que es importante entender que esta técnica no es mejor ni peor que el trabajo con máquina eléctrica, simplemente son distintas. El *handpoke* no es que tenga límites, es que tiene otras posibilidades. ¿Por qué intentar reproducir un resultado que es de máquina si se hace con otro utensilio? No se puede pedir a la herramienta lo que esta no da. En lugar de esto es mejor explotar los valores que tiene el *handpoke* y divertirse para encontrar un camino más interesante con el trabajo a mano”.

Durante mucho tiempo las distintas formas de tatuaje tradicional hecho a mano quedaron reservadas para ritos, tradiciones o actos exclusivos entre las personas que decidían decorar su piel. Hacer *handpoke* en Cuba tiene dos versiones: o la bien artesanal o la más primitiva, pero incluso en cualquiera de sus variantes la práctica está asumida por la mayoría de las personas como algo lejano en el tiempo, arcaico y doloroso, a pesar de la calidad del trabajo de los artistas que actualmente la desarrollan. La cultura visual de la muleta tiene un fuerte arraigo a diseños naíf, sencillos y de poca calidad estética. Sin embargo, el acervo cultural y las historias que encierra ocultan la verdadera historia de lo que podría ser considerado el tatuaje tradicional cubano. □



Pepe Alonso



Roberto Ramos Mori

TATUAJES Y SALUD

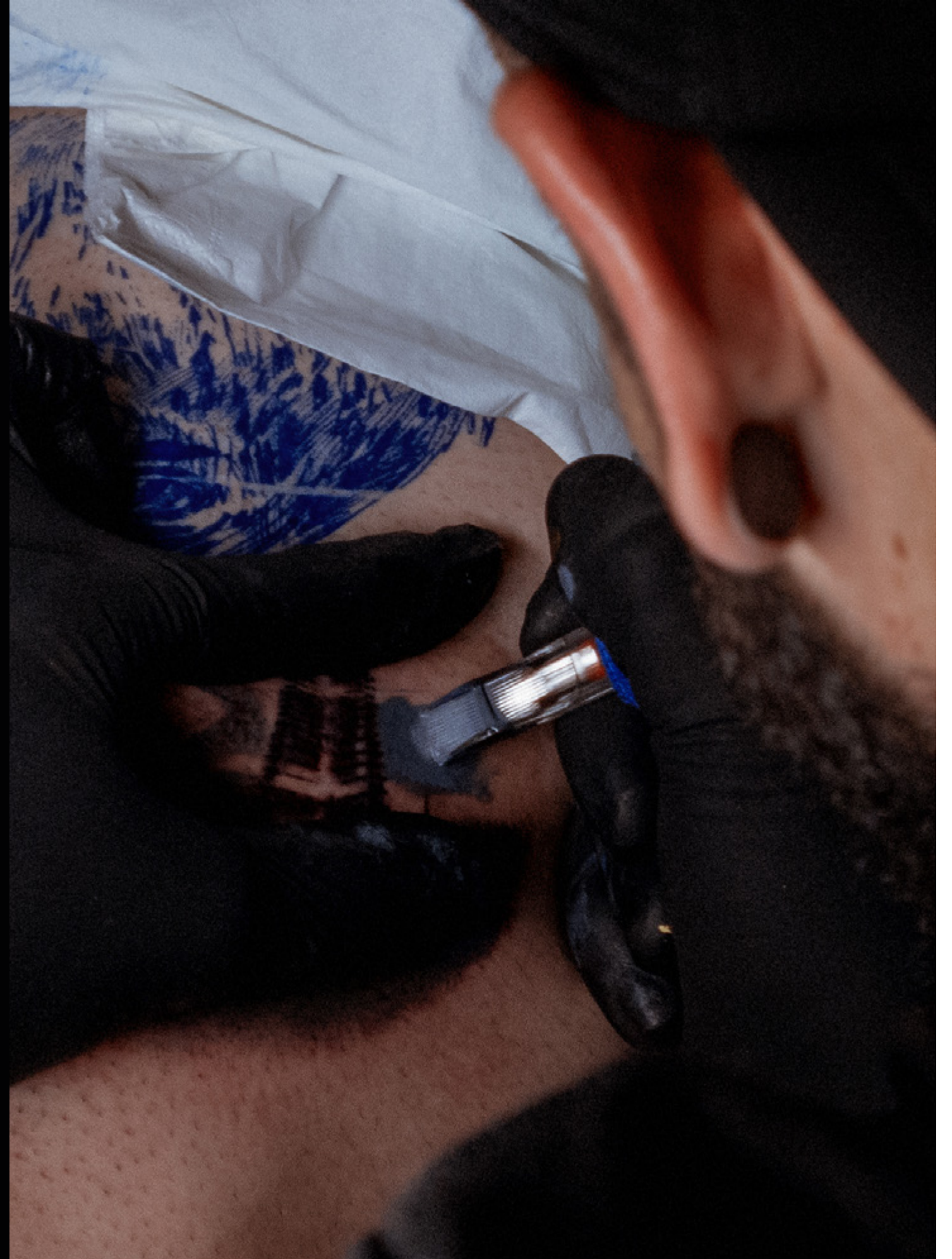
¿DÓNDE ESTÁ ESCRITO PELIGRO?




POR: LIZ FERNÁNDEZ

FOTOS: FRANK D. DOMÍNGUEZ

El tatuaje es una huella extraña en el cuerpo, una marca permanente hecha de pigmentos insertados en la dermis a través de punciones con una o más agujas. Durante muchos años esta práctica se ha realizado de diversas maneras y en todo tipo de condiciones, que han ido profesionalizándose de la mano del desarrollo de la técnica y el instrumental. Ahora bien, en este punto surgen algunas interrogantes: ¿conocen las personas los posibles riesgos que atañan los tatuajes a su salud? ¿Qué percepción tienen sobre estos?





LA TINTA ES UN CUERPO EXTRAÑO
QUE VAS A TENER EN LA PIEL,
CON AGENTES TÓXICOS, PERO
NO PROVOCA CÁNCER

“Eso da cáncer”, escuché decir a un médico, no tatuado, y fue el inicio de una pequeña investigación que me reveló que a pesar de que millones de personas se tatúan desde hace décadas, no hay evidencias de que haya mayor riesgo a padecer cáncer debido los carcinógenos químicos presentes en algunas tintas. La relación causa-efecto no ha podido ser comprobada en esta ni otras patologías, y los casos detectados en órganos y ganglios linfáticos de las zonas del cuerpo que tienen pigmentos del tatuaje no se señalan como un problema clínico hasta la fecha.

“La tinta es un cuerpo extraño que vas a tener en la piel, con agentes tóxicos. Pero no provoca cáncer como tal, a no ser que se trate de grandes cantidades, y tengas otros factores de riesgo como la exposición solar, o predisposiciones genéticas a alguna enfermedad. Pero los elementos tóxicos en la tinta no son capaces de producir cáncer por sí solos” (médica, no tatuada).

No obstante, el tatuaje sí puede causar otros problemas —tanto físicos como psíquicos— a corto, mediano y largo plazo, principalmente desencadenados por una mala praxis. Entre los más sencillos puede estar la sensibilidad al sol (se observa en uno de cada cinco casos) y alergias a pigmentos (principalmente rojos, azules y verdes) que pueden provocar enfermedades en la piel. Sin embargo, hay riesgos mayores como infecciones por bacterias como estafilococos, los cuales pueden ser resistentes a antibióticos y complicar gravemente la salud, e incluso infecciones epidé-

micas como la hepatitis B y C y el virus de inmunodeficiencia humana (VIH).

Aunque, ciertamente, los pigmentos de las tintas para tatuar no han sido desarrollados para usos permanentes sobre la piel y el contacto con fluidos corporales. Por ello, durante varios años las autoridades reguladoras han velado porque las tintas no excedan los límites de metales pesados, aminas o hidrocarburos aromáticos, y que con ello se cumplan estándares no solo de salud, sino para la propia calidad del tatuaje. No obstante, es preciso destacar que las tintas pueden contener microorganismos infecciosos: aún resulta un desafío para la ciencia preservar su calidad microbiana, por lo cual se recomienda siempre la esterilización.

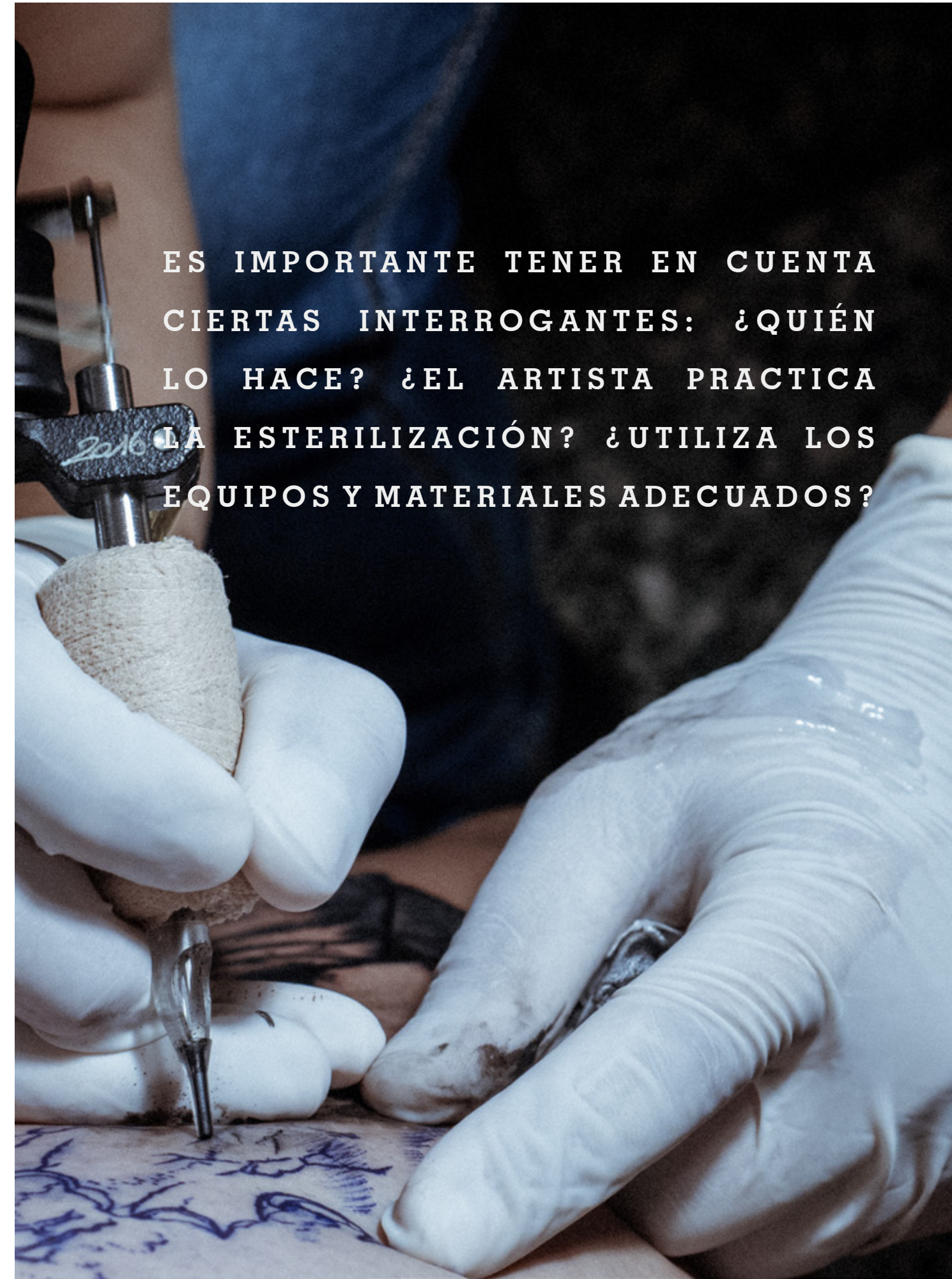
Al preguntar a personas que suelen tatuarse respecto a sus posibles afectaciones, muchas respuestas coinciden: “Realmente, me los haría igual”. “Mitos y creencias, no me importa hasta que esté confirmado”. “Si no se lo cuidan como es debido, se infecta, si el tatuaje presentara problemas de salud no se ejerciera”. “Depende de la higiene y del tipo de tinta que utilicen, el arte del tatuaje se ha desarrollado y hay muchas tintas naturales”. “Hay quienes se introducen cosas más dañinas a su organismo y marginan a los tatuados”. “Si el lugar donde se hace está bien concedido y el tatuador es bueno y cumple las normas higiénico-sanitarias, no creo que haya problemas”. “Alguna afectación debe traer, se le está introduciendo químicos al organismo, y pudiera llegar a ser adictivo”.

Estas son algunas de las opiniones obtenidas a partir de un estudio sobre la percepción de riesgo, en una muestra conformada de 12 personas (cinco mujeres y siete hombres) en la que participaron médicos, tatuadores, tatuados y psicólogos. Aunque la mayoría reconoce que la práctica conlleva precauciones sanitarias pautadas por el tatuador que visitan, otros comentarios llevan a pensar que existe una percepción inadecuada sobre el vínculo real entre los tatuajes y sus riesgos. Se puede notar además un componente adictivo hacia la práctica, que en ocasiones les impide preocuparse parcialmente por sus posibles complicaciones.

“Cuando las personas que nos tatuamos habitualmente nos hacemos un diseño tenemos más deseos de otro, te sientes mejor contigo mismo y disfrutas de eso, pero siempre depende del punto hasta el que quieras llegar”. “Pienso que sí son adictivos, tatuarse crea esa necesidad de seguirse haciendo más porque te sientes bien, al igual que otras prácticas como el ejercicio o cualquier cosa que realmente te guste sin que por ello tenga un significado negativo”. “Tras muchos años que llevo tatuándome no lo consideraría adicción, porque eso implica quizás que se piense que es una práctica que no puedes parar de hacer, es más bien una afición que llega a gustar mucho, porque un cuerpo tatuado se ve muy bonito”.

Una adicción es cualquier acto compulsivo, repetitivo, que aporte una gratificación temporal y cuya frecuencia se incremente a largo plazo. Esa gratificación no se desarrollaría solo por el resultado final del tatuaje, sino por el propio proceso, dolor incluido. Es decir, no solo el gusto de llevar en la piel una pequeña obra de arte, o la vanidad de que los demás alaben el diseño, llevarían a las personas a hacerse nuevos tatuajes: algunos especialistas consideran que el dolor juega un papel importante en el enganche que los tatuajes ejercen sobre quien los ha probado. La secreción de endorfinas que se produce durante el proceso de creación puede llegar a ser similar a la que provocan algunas drogas, lo que explica, en parte, la sensación de adicción.

Por eso es importante tener en cuenta ciertas interrogantes antes de hacerse un tatuaje: ¿quién lo hace? ¿El artista practica la esterilización? ¿Utiliza los equipos y materiales adecuados? Como toda conducta humana conlleva una decisión subjetiva que debe ser analizada a profundidad antes de ser tomada. La percepción que tenga la gente respecto a los posibles efectos perjudiciales que tiene la tinta es de vital importancia a la hora de tomar la decisión de realizarse un tatuaje, y de qué por ciento de su cuerpo está dispuesto a cubrir. □



ES IMPORTANTE TENER EN CUENTA
CIERTAS INTERROGANTES: ¿QUIÉN
LO HACE? ¿EL ARTISTA PRACTICA
LA ESTERILIZACIÓN? ¿UTILIZA LOS
EQUIPOS Y MATERIALES ADECUADOS?

EL SUEÑO, LA DEBACLE Y EL ARTISTA MILLENNIAL



POR: CLAUDIA CHAVIANO GÓMEZ

Nadie se quiere ocupar de los pobres *millennials*. Llevamos ya 20 años del nuevo milenio y pocos han descrito el comportamiento generalizado del arte cubano en este período. Cada artículo o ensayo se enfoca en un artista, movimiento o exposición particular. La nostalgia por aquellos 80s, época canónica para las artes en Cuba, ha trasmutado en tabú frente a otras generaciones, comparadas por siempre con el devenido paradigma supremo.



SERIE "LA CABEZA ES EL NUEVO DESNUDO"
ALEJANDRA GLEZ.

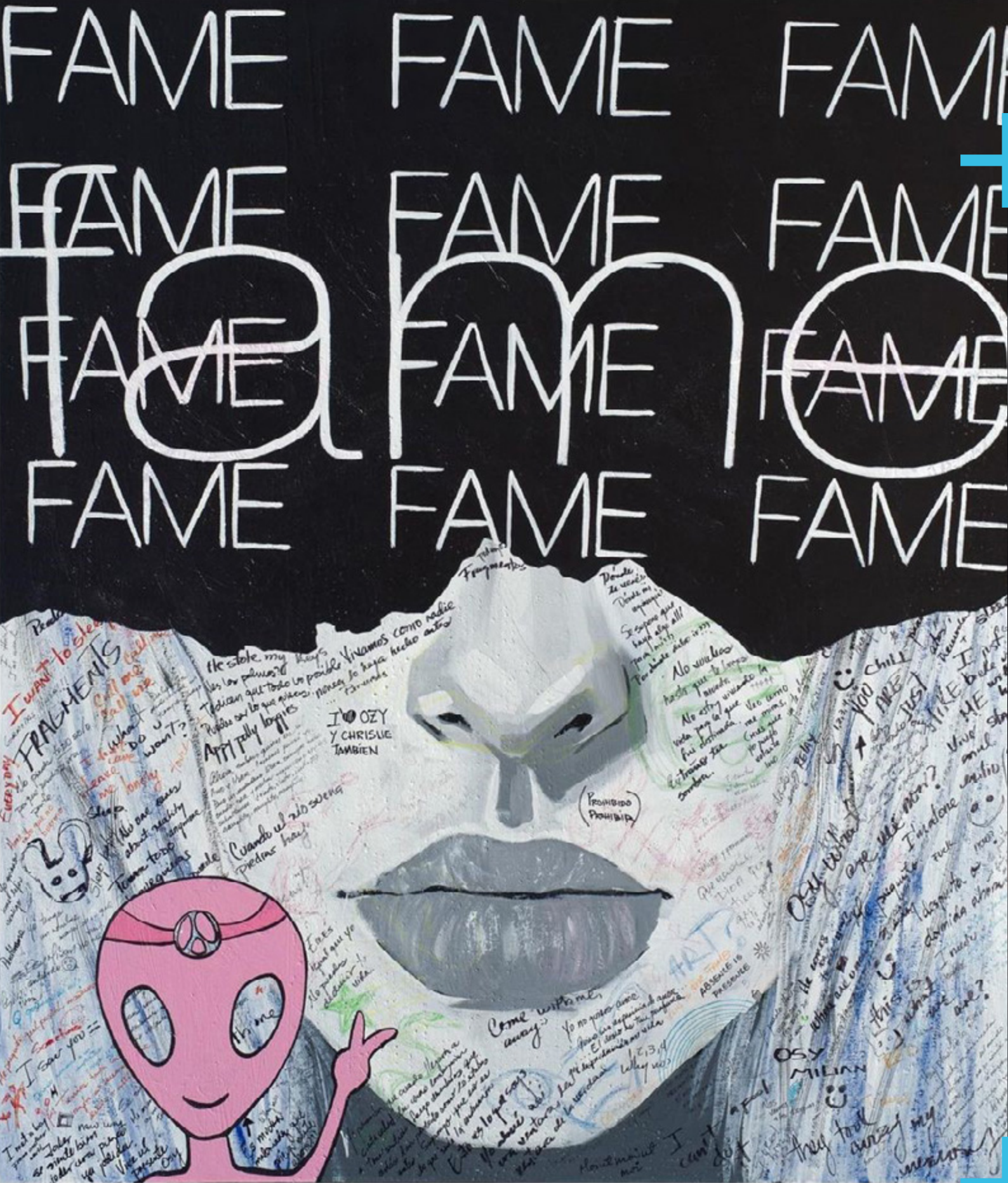
EN LOS 80s SE EXPLORARON NUEVAS MANIFESTACIONES, ENTRE ELLAS EL PERFORMANCE, LA INSTALACIÓN Y EL BODY ART

La obsesión es justificable, el llamado “Renacimiento del arte cubano” marcó la puesta al día de nuestras prácticas artísticas con *Volumen I*, exposición inaugural de la década prodigiosa. Finalmente, la sensibilidad posmoderna había irrumpido en el arte cubano y con ella sus procedimientos y valores. La autogestión artística, el trabajo museográfico, las piezas trasgresoras que desafiaban la autoridad máxima del cuadro en la pared y se desplegaban en el piso con carácter instalativo; así como la mezcla de los elementos de la baja y la alta cultura, convirtieron la muestra en un manifiesto de las posibilidades del nuevo arte cubano. Se exploraron nuevas manifestaciones, entre ellas el performance, la instalación y el body art. Sin embargo, la década destacó en particular por el desarrollo de gigantescos proyectos —dígase Telarte, Arte Calle, Arte en la Fábrica, Arte en la Carretera— que

sacaban al arte de los museos y galerías, devolviéndolo a la calle, la fábrica, la carretera, en pos de articular el binomio arte-vida y conectar nuevos públicos con el panorama artístico. No obstante, el período de bonanza económica ochentiano duró poco y a finales de la década la sensibilidad cambiaba. La exposición *El objeto esculpado* en el Centro de Desarrollo de las Artes Visuales —cuya obra más relevante fue el performance de Ángel Delgado en el que defecó sobre un periódico *Granma*— constituyó el cierre epocal y el inicio de la siguiente década de éxodo de artistas y contracción institucional. Si dicho performance fue mal recibido, e incluso penado por la ley, la censura y la cautela serán las marcas de unos crudos 90s, fuertemente definidos por el período especial. Dentro de un contexto de inseguridad política el arte hubo de replegarse.



“ESTIGMAS”
ANNALIET CONCEPCIÓN



“FAME”
OSY MILIÁN

LOS ARTISTAS MILLENNIALS HAN SIDO DOBLEMENTE JUZGADOS: CONTRA LA NOSTALGIA ES DIFÍCIL COMPETIR

Pero, esta década no fue estéril ni tampoco supuso una renuncia a los procedimientos descubiertos, ni a la sensibilidad posmoderna. Se continuó y consolidó la instalación, se desarrolló el performance, el videoarte, el arte digital, se recuperaron manifestaciones relegadas como el grabado, la escultura y la fotografía y se fortaleció la pintura. No obstante, el gran descubrimiento de los 90s no fue artístico, sino mercantil. La utopía artística de los 80s se transformó en la cínica victoria de un incipiente capital, irónicamente menos conflictivo desde el punto de vista ideológico. El nobilísimo mercado del arte, cortesía del turismo, les insufló energía a creadores que empezaron de a poco a cultivar el marketing y a cuidar con celo su identidad artística, especie de marca personal que, como sabemos, puede llegar a tener tanto valor como la pieza misma. Sin embargo, ¿qué sucede en los 2000s? Pocos

se han atrevido a periodizar las décadas subsiguientes al “sueño” y la “debacle”. Es cierto que incluso con propuestas muy sólidas, el desempeño artístico del nuevo milenio cubano ha continuado en gran medida las rutas conceptuales del arte noventiano (cernido por una nube de desconsuelo por el ideal perdido). Aun así, los artistas *millennials* han sido doblemente juzgados: contra la nostalgia es difícil competir.

Imagínense crecer en un ambiente que contemple en el pasado la cima de sus aspiraciones artísticas. Nada nuevo en el horizonte, solo ventas e imagen corporativa. ¡Semejante complejo de culpa cargan nuestros *millennials*! Nacieron décadas después, no vivieron o no produjeron ni en el sueño ni en la debacle, cuando todavía las convulsiones del paradigma cuasi-muerto favorecerían al arte cubano.

LOS MILLENNIALS CUBANOS PUEDEN SER APOLÍTICOS, DESCONTEXTUALIZADOS, CON INFLUENCIAS ORIENTALES

Herederos de una no superada crisis económica y de un naciente mercado del arte, los *millennials* han abandonado las reflexiones circunstanciales y locales en pos de discursos universales. Si Cuba se puede leer en sus obras, también podrá leerse el mundo. Pensémoslo así: el arte actualmente tiende a la globalización. Rótulos territoriales como “latinoamericano”, “cubano” o “caribeño” resultan cargas inconvenientes por sus connotaciones “exóticas”, en cuanto a significados y aspiraciones orientadas a lo universal. Mientras más abarque la obra, menos “incisiva” desde el punto de vista ideológico, y más fácil de vender. Negocio redondo. Todos queremos ir a Europa.

Sí, los *millennials* cubanos pueden ser apolíticos, descontextualizados, con influencias orientales —en particular japonesa— y tendencias hacia lo introspectivo, características que no pertenecen solo al arte cubano, el fenómeno es internacional y resultado directo de la globalización. Nuestros

millennials son aspirantes a ciudadanos del mundo y sus preocupaciones exceden las fronteras de este archipiélago.

Por otra parte, sí, los 80s marcaron un antes y un después en cuanto a la diversidad de métodos y manifestaciones artísticas. Y aunque ahora exista una marcada tendencia hacia la planimetría (dígase pintura y fotografía) el asunto es menos trascendental y más práctico. Simples matemáticas: mercado extranjero, aeropuertos, paquetes, embalajes... la planimetría tiene sus ventajas.

El arte cubano solamente se ha adaptado a nuevas condiciones. Basta de berrinches, los 80s y los 90s forman parte del pasado, y hay que intervenir el nuevo milenio sin fórmulas caducas. Quizás las nuevas tensiones políticas aviven las llamas de un arte contestatario y con preocupaciones locales, o quizás prevalezca la posición apolítica. Adivinar la reacción de una generación descontextualizada resulta un experimento interesante. □



TENDRAN OJOS Y NO VERAN

“LA ASCENCIÓN”
ENRIQUE LISDÁN

R O S - T R O S



Yuri Obregón (La Habana, 1979), es un fotógrafo y artista visual cubano que utiliza el cuerpo como simbología y metáfora de conflictos sociales en Cuba. Licenciado en Artes Plásticas del Instituto Superior de Arte (ISA), ha realizado varias exposiciones personales y colectivas en las que prevalece su trabajo con la fotografía y el performance, en países como Cuba, España, México, etc. De su exposición de autorretratos *Rostros* compartimos una muestra.





SELFIE VI



SELFIE VIII



SELFIE XIII



SELFIE XIV



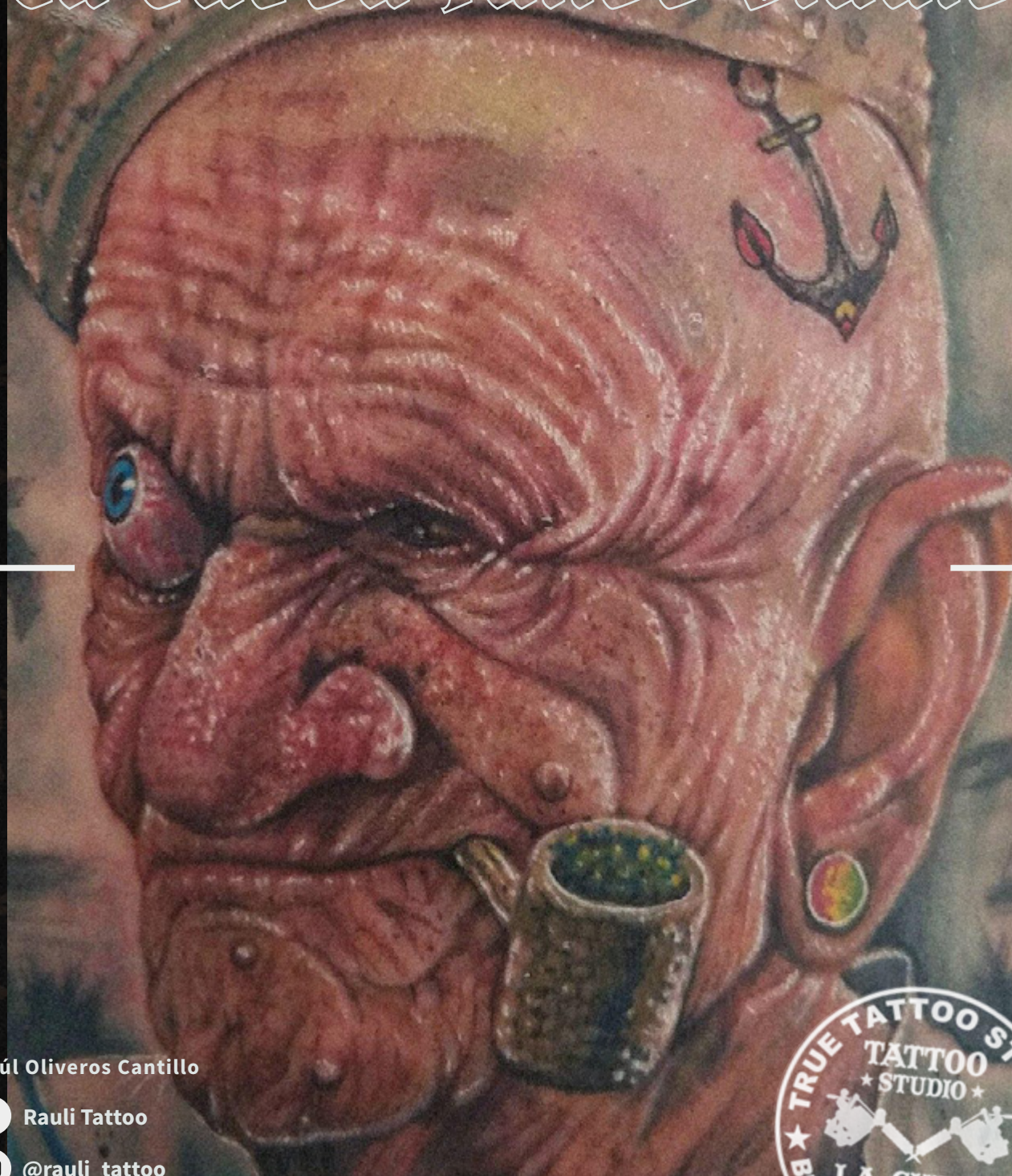
La serie *Rostros* aborda el conflicto de la identidad a través de la búsqueda autobiográfica: la intervención corporal, la mascarada y, por supuesto, el performance. Recurrir al autorretrato como medio expresivo en este proyecto tiene como objetivo conceptualizar la identidad propia desde una postura individual que también se proyecta cambiante e incierta. Uno de los grandes retos a los que se enfrenta el individuo en la contempera-

neidad consiste en responder la cuestión sobre su propia individualidad. Se trata de un camino espinoso en el que el plantearse quién se es, quién se quisiera ser y/o quién se debiera ser, constituye una tarea personal a la vez que social. Personal porque atañe al sujeto desde la construcción de su propia identidad; y social porque el individuo es un ser social por naturaleza y no se construye a sí mismo en el aislamiento. □


SELFIE XV


La Cueva Tattoo Studio


La Cueva Tattoo Studio




Raúl Oliveros Cantillo

 Rauli Tattoo

 @rauli_tattoo

 Emiliano Corrales #4 entre Mariana Grajales y Libertad. La playa

 + (53) 5 362 8492




La Cueva Tattoo Studio



LENS TATTOO

CALLE 369 17804 E/ 178 Y 184 APTO 24
REPARTO MULGOBA BOYEROS
f Lesnier Naranjo

 @lenstattoostudio

 56228939

WWW.LATINTAMAGAZINE.INK

L A •
T I N
- T A



conéctate, descárgale

Raúl González Crespo - @raulyroad